

JORDI RAICH

El emirato islámico de América versus los EEUU de Afganistán

He vivido tres años en Afganistán y otros dos en Nueva York, de donde regresé pocos días antes de los atentados del World Trade Center y el Pentágono. Tengo amigos en ambos lados. En Afganistán he perdido a tres de ellos en los últimos años, todos víctimas de la violencia. Hace apenas unas horas he recibido la noticia de que un conocido está bajo los cascotes de las Torres Gemelas.

Cuando Hollywood quiso sorprender al espectador y explotar la Casa Blanca en millones de pedazos en la taquillera película *Independence Day*, lo hizo a través de una nave espacial gigantesca pilotada por extraterrestres armados con un poder de destrucción inexistente en la Tierra. Sólo una fuerza exterior podía destruir los símbolos del poderío estadounidense. El ficticio sentimiento de superioridad, que se inculca al pueblo estadounidense desde hace más de dos siglos, se vino abajo el 11 de septiembre. Tres simples aviones comerciales también podían hacerlo. No hacían falta ni marcianos, ni armas misteriosas. Las miles de películas llenas de destrucción masiva, violencia gratuita y muertos por doquier, con las que Hollywood nos ha bombardeado durante décadas, las favoritas de muchos estadounidenses, han dejado de tener gracia y están siendo retiradas de los cines y videoclubs apresuradamente.

Un grupo de fanáticos, que al parecer vivía en casa, ha acabado con la vida de miles de personas y herido de forma permanente el orgullo nacional. Nadie en su sano juicio puede intentar justificar el horror y la barbarie que pesa sobre EEUU, ni pensar que los estadounidenses merecían esa matanza, pues nadie

Jordi Raich es master en Relaciones Internacionales e investigador del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH), Madrid

merece algo así. Del mismo modo, nadie puede justificar que se mate a personas inocentes en revancha. Pero, el atentado ha ocurrido y el hecho de que sea injustificable no debe impedirnos analizar sus causas, porque este no es un ataque gratuito surgido de la nada, producto de unos locos. Detrás de actos como éste se esconden muchos odios, rencillas, injusticias, desigualdades y miedos que, en el *bulldozer* emocional tras la catástrofe, la mayoría parece querer ignorar.

El dolor, la rabia, el sentimiento de injusticia, incluso de venganza, son comprensibles entre una población civil herida, consternada e indignada. Lo que no es aceptable es que el Gobierno estadounidense, como institución, evada enfrentarse a los porqués, eluda cualquier responsabilidad política en los hechos y lance al pueblo a una venganza global haciendo más de psicólogos de grupo que de políticos. La confusión, el sufrimiento, la estupefacción no deben hacernos perder la prudencia, la capacidad de raciocinio, la lucidez, más necesarios que nunca en momentos como estos. Sin embargo, asistimos al lamentable espectáculo de una Casa Blanca lanzando mensajes violentos e incendiarios que el resto de Gobiernos del mundo, especialmente los europeos con el Gobierno español en primera línea, se limita a traducir del inglés. En ello colaboran muchos medios de comunicación, y diligentes traductores, sobre todo durante la primera semana después de la tragedia. La televisión conecta todo el día con la CNN. La prensa escrita es más que nunca un pastiche de traducciones y plagios de artículos y editoriales publicados por *The New York Times*, *The Washington Post*, *Los Angeles Times*, *Newsweek*... Las radios cuentan lo que los periódicos escriben. Así, se pone en marcha la maquinaria que fabrica pensamiento único, pensamiento estadounidense, el mecanismo que moldea la opinión pública y convierte en dogma hechos desconocidos, medias verdades y puras mentiras. Sólo a unos pocos parece importarles navegar en un mar de contradicciones políticas, sociales, jurídicas y morales. Por ejemplo:

- El atentado del 11 de septiembre no fue una “gran provocación”, como se pretende, sino una venganza. Fue un acto de revancha criminal contra una forma, con frecuencia no menos criminal, de hacer relaciones internacionales y contra la política social y económica llevada a cabo por los sucesivos Gobiernos de EEUU.
- Tampoco fue el gran ataque que se nos vende contra la democracia, la libertad y el mundo civilizado. Hay países islámicos democráticos — EEUU no tiene la exclusiva de la democracia ni la libertad—; y los países “civilizados” (no sé muy bien quienes están en la lista) están también llenos de “incivilizados”, del mismo modo que en los “incivilizados” (sean los que sean) predomina una mayoría “civilizada”. Fue un ataque contra lo que algunos consideran los símbolos del poderío, el orgullo nacional y la arrogancia estadounidenses y sus ansias de imponer a todo el mundo cómo debe vivir y qué debe pensar.
- Los atentados de Nueva York y Washington, todos los atentados, son injustificables. La espectacularidad y magnitud de estos es espeluznante, pero a nadie mínimamente informado puede parecerle sorprendente.

El apoyo ciego de EEUU a Israel en Oriente Medio; la protección que otorga a represivas realidades árabes; el boicot de la conferencia sobre racismo; las trabas a la existencia de una Corte Penal Internacional para juzgar crímenes contra la humanidad; no aceptar que ningún estadounidense pueda ser nunca acusado de tal crimen; la negativa a detener la fabricación de minas antipersona; el bloqueo del Consejo de Seguridad; el desprecio hacia la Asamblea General de las Naciones Unidas y el estrangulamiento económico al que se somete a la institución; las políticas de doble rasero negándose a calificar la matanza de Ruanda como genocidio para no intervenir, bombardeando a Sadam Husein pero dejando a Rusia destruir Chechenia... han granjeado a EEUU numerosos enemigos y odios, de muy variado origen e ideología, a lo largo de muchos años.

- Los estadounidenses son los reyes de las relaciones públicas y la fabricación de imágenes. Han acabado por creerse ellos mismos, y hacer creer a todo el mundo, el mito que de sí mismos han fabricado. Pero EEUU no es ahora, ni ha sido nunca, la panacea de la libertad, democracia, tolerancia, igualdad y seguridad que se pretendía. Es un país con enormes desigualdades sociales donde las minorías viven en guetos odiándose unos a otros. He trabajado en más de veinte países de cinco continentes y en ningún lugar como en Nueva York he sentido más a flor de piel el odio entre negros y blancos, entre blancos y latinos... En pocos lugares me he sentido más culpable y más sospechoso que en el departamento de inmigración del aeropuerto JFK. Un país donde las últimas elecciones demostraron el caos electoral y el desorden reinante en la administración, donde el caso del condenado a muerte Joaquín José Martínez puso en evidencia la corrupción del sistema judicial. Una sociedad donde, de forma hipócrita y puritana, cada *fuck* en televisión es censurado con un pitido, todo el mundo oye el pitido, todo el mundo sabe que se ha dicho *fuck*, pero nadie lo ha oído. Un país donde no existe carné de identidad, pero para abrir una cuenta bancaria se necesitan dos pruebas de identidad "por su seguridad". Bastan para identificarse una factura del teléfono y la factura del gas a cuyos instaladores das tu nombre, o el nombre que se quiera, porque nadie comprueba nada. La imagen de EEUU y su realidad tienen muy poco que ver. El atentado ha puesto de manifiesto su vulnerabilidad de forma salvaje.
- Cuanto más se habla de lo complejo de la organización del ataque, del elevado número de personas involucradas, de la cantidad de información y entrenamiento necesarios para llevarlo a cabo, más se pone de manifiesto la ineptitud de los servicios de inteligencia tanto estadounidenses como europeos. Una incompetencia que cuesta vidas, como las de los civiles asesinados impunemente con el misil lanzado sobre un laboratorio de medicamentos que, supuestamente, fabricaba armas de destrucción masiva, en Jartum, en represalia por los atentados contra las Embajadas estadounidenses en Nairobi y Dar es Salam. Más tarde se demostró que allí sólo se fabricaban medicinas. El Gobierno estadounidense

La imagen de EEUU y su realidad tienen muy poco que ver. El atentado ha puesto de manifiesto su vulnerabilidad de forma salvaje

reconoció el error, pero para la comunidad islámica aquello fue la gota que colmó el vaso de los agravios. Para muchos fue la prueba palpable de que lo único que EEUU quería era responder con violencia contra el islam y su gente, con razón o sin ella. La efectividad y profesionalidad de la CIA, el FBI o el ejército estadounidense forman parte de esa falsa imagen forjada por la maquinaria oficial para convencer a su población de que vive en el mejor y más seguro de los mundos. Ahora se habla de tomar medidas para evitar nuevos atentados. Podrían haberse tomado antes.

- EEUU no sabe nada de Afganistán, del mismo modo que sus marines no tenían ni idea de donde desembarcaban, a principios de diciembre de 1992, cuando llegaron a las playas de Mogadiscio (Somalia). Hace años que Washington no tiene ni misiones diplomáticas, ni espías en Kabul. EEUU es ahora víctima de su política aislacionista y de demonización del régimen talibán, una situación que imposibilita casi todo el diálogo y deja a la superpotencia en manos de un país tan voluble y explosivo como Pakistán. Al Ejecutivo estadounidense parece que ha dejado de importarle que Islamabad esté gobernado por un dictador militar que tomó el poder por la fuerza.
- Otra imagen en proceso de fabricación es la de un poderío militar talibán enorme con “defensas antiaéreas siendo desplegadas a lo largo de la frontera”. La única finalidad de tal mentira es justificar la magnitud y devastación del potencial ataque de represalia. Afganistán es una chatarrería militar con unas pocas bases dejadas por los soviéticos sin agua y sin luz, con barracones en ruinas llenos de tanques y cañones rotos oxidándose. A los talibán apenas les quedan unos pocos aviones de carga y no más de media docena de aviones de combate que vuelan de milagro a base de piezas recicladas de otros aviones destruidos. Los fundamentalistas sólo han tenido material militar sofisticado durante la época en que EEUU se lo suministró. Si se bombardea Afganistán desde el aire, lo primero que harán los talibán es esconderse o intentar abatir, como hicieron los somalíes, aviones y helicópteros de última generación con fusiles Kalashnikov y piedras. Otra cosa sería el combate en tierra, un enfrentamiento con armas ligeras donde nadie tiene ni la destreza ni la experiencia que tienen los afganos. En ese terreno EEUU sí se enfrenta a un enemigo formidable contra el que sus misiles, radares, satélites y vehículos de combate no servirán de nada.
- Ayer defendíamos la causa contra la violación de los derechos fundamentales de las mujeres en Afganistán, presas bajo un *burka* —tela que cubre desde la cabeza hasta los pies con una rendija para ver—, sin acceso a la salud y la educación. Hoy estamos dispuestos a sacrificarlas si hace falta. Hoy se justifica un ataque sin límite contra el opresivo régimen talibán; ayer los más de 400 afganos, agolpados en un barco en el océano Pacífico huyendo de la opresión y en busca de asilo político, eran considerados

un atajo de aprovechados refugiados económicos. En este momento, los afganos están intentando salir de un país sobre el que creen va a caer la ira occidental. Los talibán hacen lo posible para impedir su salida y usarlos de escudo humano mientras los países vecinos colaboran con ellos cerrando las fronteras para que no escapen. Nos preparamos para hacer la guerra mientras convertimos a Afganistán en una ratonera para millones de hombres, mujeres y niños inocentes cuya única preocupación desde hace 20 años es cómo conseguir el pan y el té de su dieta diaria.

- Los talibán siempre han sido muy independientes y Pakistán no tiene, ni ha tenido nunca a pesar de financiarles, la influencia que se cree sobre ellos. Poseen menos poder del que se piensa para entregar a Osama Bin Laden, que no se dejará capturar tan fácilmente. La milicia islámica está convencida de que EEUU les atacará lo entreguen o no, suposición que, en su mente, resuelve el dilema. Puestos a ser bombardeados es mejor tener a Bin Laden, que siempre podrá echarles una mano en la defensa y evitará ponerse en contra a parte de la población musulmana que considera al millonario saudí un héroe. Pero, todavía no se sabe con certeza dónde se encuentra.
- Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Eso incluye a Osama Bin Laden y a cualquier otro sospechoso. La indiscriminada matanza de civiles por parte de uno de los bandos no justifica ni legitima responder con la misma moneda, por mucho que las siempre dudosas encuestas de opinión digan que el pueblo está de acuerdo. La retórica usada por el Gobierno de Bush es la de la venganza, no la de la justicia. Todo ello, sencillamente, viola las normas más fundamentales del derecho internacional. Si usamos los métodos y la violencia terroristas para combatir el terrorismo, nos convertimos en los monstruos que queremos erradicar. Muchos de esos monstruos, Bin Laden el primero, fueron creados con nuestro apoyo y dinero cuando sus convicciones poco nos importaban.
- Si hay que atacar a todos los países que protegen, alimentan o financian el terrorismo islámico, tal vez habrá que comenzar por Arabia Saudí. ¿Por qué no figura en la lista de “países enemigos”?
- Una semana después del atentado, ¿alguien sabe dónde está Kofi Annan? ¿Tiene Naciones Unidas o el Consejo de Seguridad algo que decir para, según reza el artículo 1 de su Carta, “tomar medidas colectivas eficaces para prevenir y eliminar las amenazas a la paz y para suprimir actos de agresión u otros quebrantamientos de la paz”?
- Si el atentado hubiera tenido lugar en Ankara, capital de Turquía, miembro también de la OTAN, ¿el resto de países miembros aplicaría el artículo 5 y lo consideraría un ataque en territorio propio?

Las imágenes de destrucción y cascotes de Manhattan no son tan diferentes de la destrucción de barrios enteros de Kabul

- Lo más lamentable de los atroces atentados de Washington y Nueva York es que hayan ocurrido. Lo más peligroso es lo que han demostrado: que sin usar tecnología sofisticada es posible paralizar de terror a una superpotencia, humillar al más poderoso ejército del mundo, herir su orgullo como nación y hacer tambalear la economía internacional. Lo peor de los ataques de represalia que parecen avecinarse es que van a legitimar la fuerza bruta e indiscriminada, como Rusia en Chechenia, en cualquier parte del mundo. Bastará con tildar al enemigo de terrorista, algo muy habitual. Mandela fue durante muchos años considerado un peligroso terrorista.
- La simple idea de que se puede acabar con el terrorismo a base de violencia es una farsa y una utopía. Usar la fuerza indiscriminada contra el terrorismo islámico sólo dará argumentos a aquellos que piensan que EEUU quieren acabar con su religión, y proporcionará más adeptos a la causa, más desesperados, más terroristas. Podrán extremarse las medidas de seguridad hasta acabar con nuestra libertad. Podrán adquirirse los sistemas de espionaje más sofisticados del mundo, pero contra un niño de 15 años haciendo explotar una bomba casera adosada a su pecho en una calle abarrotada no hay nada que hacer. Antes fueron Gaddafi y Sadam, ahora Bin Laden. Cuando se acabe con él ¿quién será el siguiente? Un mundo sin Bin Laden no será un mundo más seguro, la Tierra seguirá siendo un lugar peligroso mientras sigan existiendo personas dispuestas a morir porque están tan desquiciadas que consideran que la vida que viven no vale la pena vivirla.

En esta vorágine de confusiones, divagaciones, acciones contradictorias y manipulaciones vamos camino de convertirnos en lo que repudiamos. Los extremos comienzan a tocarse. Las imágenes y las palabras cada vez se parecen más. Tan fundamentalistas suenan unos como otros.

Estos días, la separación entre religión y Estado es tan escasa en EEUU como en Afganistán. Bush, en unas declaraciones que costarían el puesto a cualquier político europeo, está convencido de que el atentado es obra del diablo, que Dios apoya a EEUU y declara una cruzada. Mullah Omar sabe desde hace tiempo que el diablo se llama EEUU, que Alá está con su pueblo y llama a la *yihad* —guerra santa—. EEUU moviliza a sus reservistas y Afganistán a sus guerreros santos, ambos bandos están de acuerdo: mata primero, pregunta después. Unos cantan “Good Bless America”, los otros recitan el Corán. Las imágenes de destrucción y cascotes de Manhattan no son tan diferentes de la destrucción de barrios enteros de Kabul. En las dos ciudades la población civil huye despavorida de la violencia preguntándose por qué y temerosa ante un futuro incierto. En ambos países los civiles son víctimas de unos gobernantes insensatos que desvían la atención sobre su responsabilidad en los hechos y alimentan una ola de fervor popular nacionalista y violento. Contrariamente a lo que profesa la xenófoba y vulgar teoría de la lucha entre las civilizaciones, nunca “civilizaciones” tan “apartadas” se parecieron tanto como ahora.

Los culpables de los atentados deben ser capturados y juzgados, no linchados. La vida de la población civil de cualquier lugar del mundo debe ser protegida y respetada. Esto no lo ha hecho el diablo y es un poco tarde para comenzar a visitar mezquitas, aunque más vale tarde que nunca. Esto no es un *western* de vivo o muerto, algo que Clinton ya intentó en Somalia con el general Aidid y fracasó de forma estrepitosa. Estrecheces de miras del tipo “o conmigo o contra mí”, que niegan cualquier alternativa, sólo nos dirigen hacia la destrucción.

Una superpotencia como EEUU, la única que queda, tiene una responsabilidad enorme y la obligación de dar ejemplo de prudencia, calma y capacidad de análisis al resto de países a la hora de hacer declaraciones y tomar decisiones. Una Europa que pretenda tener un papel político y económico dignos tiene que ser liderada por gente capaz de tener opinión propia e independiente. Los atentados en EEUU son una de las muchas consecuencias de la forma irresponsable de hacer política de la mayoría de gobernantes de países de todos los continentes. Unos políticos que ahora, borrachos con el lenguaje de la guerra, son incapaces de preguntarse si no tendrán ellos algo que ver en lo que ha ocurrido, lo que está ocurriendo y lo que va a ocurrir. Una profunda y sincera revisión de las causas de lo que estamos viviendo nos dará una lección de cómo no hacer política. Si nuestros gobernantes hoy son incapaces de comprender por qué ha ocurrido esto, tampoco serán capaces mañana de hacer de este planeta un mundo mejor y más seguro.

Referencias

- Jordi Raich, “¿Quién controla Afganistán?”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, invierno de 1999-2000, N°69, p. 57.
- Reseña del libro, *Taliban, Islam, oil and the new great game in central Asia*, de Ahmed Rashid, en *Papeles de Cuestiones Internacionales*, verano de 2000, N° 71, p. 169.
- Ver en este número reseña de La Yihad, de Gilles Keppel en página 139.